

ción que llegaría infaliblemente, pero que él no la vería jamás. «Los franceses, decía, alcanzan su objeto casi siempre demasiado tarde; pero al fin lo alcanzan. La luz se ha ido extendiendo mas y mas; á la primera ocasion se romperá la valla, y entonces habrá un estrépito infernal. Felices los que son jóvenes, porque verán cosas magníficas.»

Cuando Voltaire se encargó de la hermosa misión de ser el abogado de los que no tenían ninguno, contaba cerca de setenta años; es decir, que había llegado á una edad en que nadie puede disputar al hombre el derecho de descansar, y en que el cuerpo mismo lo reclama imperiosamente. Había adquirido honores y riquezas en abundancia, y nadie le ganaba en el arte de disfrutar de aquellos y estas. No puede, pues, haber testimonio mas precioso de la incomparable nobleza de alma de aquel hombre raro y eminentísimo, que el hecho de haber buscado en semejantes circunstancias el coronamiento de su vida dedicándose á trabajar por la felicidad de los demás, en lugar de descansar y de regalarse. Esto obliga á perdonarle todas sus debilidades y todos sus defectos.

Había gastado años para construir su palacio en su magnífica posesión, su parque delicioso, su pequeño teatro, en el cual le gustaba representar en persona, y la iglesia que adornó con la inscripción inspirada por la soberbia: *Deo erexit Voltaire. MDCCLXI*. «La iglesia, escribió, que he hecho construir es la única en toda la tierra erigida en honor de Dios. La Inglaterra ha construido iglesias en honor de San Pablo, y la Francia otras en honor de Santa Genoveva; pero ni una sola en honor de Dios.» Auxiliado únicamente por su fiel sobrina, la señora Denis, trabajó él mismo en las obras, haciéndose arquitecto, jardinero y labrador. Era hombre de trabajo en todos conceptos, como lo prueba la extensísima correspondencia que siguió en medio de todas estas tareas y el haber encontrado además tiempo para ir creando obras literarias, organizar su pequeño teatro y cumplir con los deberes de la hospitalidad hacia sus amigos Diderot, D'Alembert, Condorcet y otros. Cuando hubo concluido su nuevo y último retiro, empezó con su actividad titánica una grande obra encaminada á dar á otros una participación en su fortuna. Mientras conmovía con su pluma á toda la Europa, defendiendo la inocencia contra sus perseguidores, y la justicia y la verdad contra aquellos que las conculcaban, emprendió un trabajo creador, obra de su amor á la humanidad, que llevaba en sí mismo su gloria y su recompensa.

Cuando llegó á Ferney encontró una aldea miserable habitada por gente andrajosa y desgraciada; y cuando murió 20 años despues, aquella aldea se había transformado en una población floreciente de 1,000 habitantes laboriosos y acomodados. Esta fué la obra de Voltaire. Atrajo á Ferney á muchos relojeros hábiles; los indujo á establecerse allí, y pronto se vendieron relojes de Ferney en Paris y luego en América, Asia y Africa. Las ochenta casas, casi todas de cal y canto, de que se componía el pueblo á su muerte, eran casi todas nuevas, y sesenta de ellas estaban construidas á expensas de Voltaire que gastó medio millon de francos en ellas, y las cedió á las familias que las habitaban por un alquiler moderado hasta la muerte de su sobrina, en cuya época debían quedar en plena propiedad á sus moradores. Utilizó su influencia con el duque de Choiseul para que este eximiera, como lo hizo, á la joven colonia de la pesada carga de los impuestos que no dejaba prosperar á nadie en toda la Francia. Ya en 1.º de octubre de 1767 pudo escribir á un amigo: «Si todos los que viven en sus haciendas hiciesen lo que yo, se encontraría el país en estado mucho mas floreciente. He construido casas para los labradores; he creado la abundancia donde reinaba la miseria; he construido igle-

sias; mis curas párrocos y todos los nobles del país solo hablan bien de mí.» En 14 de octubre de 1774 escribió al mariscal duque de Richelieu: «Le quedo á V. muy agradecido por la justicia que quiere hacer á los artistas de Ferney que han construido el reloj que figura entre los regalos de boda de la condesa de Artois. La benevolencia de V. es tanto mas acertada, cuanto que los constructores de ese objeto de arte son las personas mas pobres de la colonia, y estoy seguro de que nada han querido ganar en este trabajo, sino hacerse dignos del favor de V. y el de los primeros chambelanes. Es de notar, que todos los industriales que he establecido en Ferney trabajan sin excepcion para los relojeros de Paris, que tienen el atrevimiento de poner sus nombres en los relojes hechos aquí. Si el ministerio cumpliera la promesa que nos ha hecho el duque de Choiseul de eximir esta colonia de impuestos y de contribuciones, llegaría á ser muy útil á la monarquía y haría con el tiempo una competencia victoriosa á la relojería de Ginebra. He logrado transformar un villorrio miserable y desconocido en villa muy linda, y establecer un comercio que se extiende hasta América, Africa y Asia. La única ventaja que he sacado de ello, es la conciencia de haber hecho algo que no suele encontrarse entre gentes de pluma; y creo que por este camino, si uno se arruina, lo hace por lo menos como buen patricio.»

En medio de tanta actividad organizadora y de los incansables esfuerzos é innumerables escritos en favor de desamparados que le atrajeron otras tantas controversias, encontró Voltaire todavía tiempo en su palacio de Ferney para crear toda una serie de obras literarias importantes, refundir otras y corregir y acabar muchas, como su obra histórica mas célebre, el *Ensayo sobre las costumbres y genio de las naciones*. Entre los escritos en que dejó hablar á su corazón, hemos de citar siquiera uno: *La voz del cura*, en el cual explicó á su patria lo que era la *Esclavitud de la mano muerta*, describiendo y presentando al rey, á los ministros y á toda la nación la situación desesperada de los 12,000 labradores de la abadía de San Claudio en el Jura. En este escrito refiere lo que dijeron á un nuevo cura párroco sus feligreses en el momento de su llegada é instalacion el día de San Luis en el año de 1772 en una de las parroquias establecida en las posesiones de la citada abadía. Le dijeron llorando y sollozando: «Somos esclavos; nuestras personas y lo que poseemos no nos pertenecen. Si vivimos en la casa paterna casados con mujer é hijos formando familia aparte, pertenece la casa y la tierra á los monjes de San Claudio cuando mueren nuestros padres. Entonces nos arrojan de la casa y hemos de pedir limosna delante de la morada donde nacimos. Los monjes no solamente no nos dan limosna, sino que tienen el derecho de no pagar las medicinas, ni el último caldo que se ha dado á nuestros padres moribundos. En virtud de este derecho nadie quiere prestar á los que están enfermos; el tendero no quiere fiarles lienzo; el carnicero no les fia la carne, ni el boticario las medicinas; de modo que el enfermo sin dinero se ve privado de todo lo que puede curarle. Morimos abandonados de todos y amarga nuestros últimos momentos la seguridad de que nuestros hijos quedan despojados, pobres y esclavos. El forastero que se establece en este país bárbaro sin conocer sus usos, observa con horror que al cabo de un año y de un día es declarado súbdito y esclavo de los monjes porque tal es su derecho. Si uno de sus esclavos adquiere hacienda en otro país, pertenece esta hacienda tambien á los monjes y la reclaman hasta en el último confin del mundo en virtud del derecho que llaman de persecucion. Si los monjes pueden probar que una hija casada ha pasado la noche de bodas fuera de la casa paterna, en la de su marido, pierde el derecho de herencia á los bienes de su padre; y

para probarlo citan ante su autoridad á toda la comarca. Siempre obligan á los pobres aldeanos intimidados á declarar que sería posible que la joven casada hubiese cometido este delito, y esto basta para que la pobre quede desheredada, y la herencia, tanto si es de 100 como si es de 100,000 francos, pertenece desde aquel momento á los monjes. Nosotros no somos mas que meras bestias de carga; los monjes nos cargan mientras vivimos, y despues de muertos venden nuestra piel y arrojan nuestros huesos al muladar.» El párroco al oír esto exclamó: «¡Imposible! nosotros vivimos en el país de la libertad; desde muchísimo tiempo han abolido la esclavitud nuestros reyes y nuestros papas.»

Tambien exclamaba la Francia ilustrada de entonces: ¡imposible! cada vez que se le revelaban cosas de estas; pero lo imposible existía; solo que los que estaban enterados se callaban, y el gobierno ni ningun gobernante se dignaba echar una mirada sobre la canalla vil ó pueblo bajo. Pero á cada cosa llega su hora; tambien la Francia hubo de convencerse de que todo su antiguo sistema social se había hecho incompatible con la época, y los hombres que se lo probaron, como Voltaire, fueron los verdaderos maestros de la gran revolucion. Por lo demás, la revolucion no fué obra suya; fué obra de los hechos que ellos pusieron de manifiesto desgarrando el velo que los cubría.

IV.—LAS NOVELAS MORALES Y LA REPÚBLICA DE VIRTUD DE ROUSSEAU

Rousseau escribió y publicó su «Nueva Eloisa,» su «Emilio» y su «Contrato Social» en los años 1756 hasta 1762. Sobre el principio de este período, él mismo se expresa en su tercera carta á Malesherbes en 12 de enero de 1762 del modo siguiente: «Solo en 9 de abril de 1756 he empezado á vivir.» Al fin de este período se eclipsó su estrella. Sin patria, ni hogar, sin amigos, sin tranquilidad, perdiendo fuerzas de día en día, luchó aun 16 años contra su destino y contra la demencia que extendió sus negras alas sobre su mente y su corazón, y en 3 de junio de 1778 murió súbitamente como una luz que alguien apaga, no se sabe si por efecto de alguna enfermedad ó por suicidio.

El citado 9 de abril de 1756 fué para Rousseau el día inolvidable en que salió de Paris con la idea de no volver á pisarlo ya mas, y se fué á vivir con su Teresa y la madre de ésta á la «Ermita» que la señora de Epinay le había hecho arreglar con cariñosa solicitud al extremo del bosque de Montmorency. En el sitio donde encontró esta vez una casa nueva y cómoda, había visto el año antes, en compañía de la citada señora, su amiga, solo una choza desvencijada, llamada la «Ermita,» en medio de un huerto muy precioso; y al verla había exclamado involuntariamente: «¡Ah señora, qué precioso sería vivir aquí! este sería un asilo que ni hecho expresamente para mí!» La propietaria opulenta, que vivía en el inmediato palacio de la Chevrette, recordando aquella exclamacion, hizo construir una linda casita de campo en aquel sitio, y cuando estuvo dispuesta, condujo allí á Rousseau y le dijo: «Ahí tiene V., señor oso, su asilo; V. lo ha elegido y la amistad le brinda con él; espero que en él renunciará V. al pensamiento cruel de separarse de mí.» Rousseau cubrió la mano de su bienhechora con lágrimas de gratitud. En esta «Ermita» de la señora de Epinay vivió Rousseau desde el 9 de abril de 1756 hasta el 17 de diciembre de 1757; y despues de su rompimiento con su amiga, se trasladó á una habitacion con jardin en Mont-Louis, inmediata al castillo de Montmorency, donde vivió hasta el mes de junio de 1762. Es decir, que no hizo mas que pasar de un lado al opuesto del bosque, y este mismo bosque de

Montmorency fué durante aquellos seis años, siempre que la estacion le permitía, su verdadera residencia y morada, el sitio donde soñó, donde compuso sus obras, donde su alma se elevó á las regiones espirituales, donde se refugió para no ver á los hombres, ni sus penas, y donde olvidó las suyas propias.

En enero de 1762 escribió á Malesherbes: «¿Qué época creería V. que es la que evoca mas dulces recuerdos en mi alma y á la cual mas me gusta trasladar la imaginacion? No son las alegrías de mi juventud, porque además de ser contadísimas, están llenas de recuerdos amargos, y luego están ya demasiado distantes de mí. La época mas dulce de mi vida fué aquella en que viví en la Ermita, aquellos paseos solitarios, aquellos días fugaces, pero encantadores, que pasé conmigo solo, con mi buena y sencilla compañera, con mi perro querido, con mi gato viejo, con las aves del campo, con los ciervos del bosque, con toda la naturaleza y con su creador incomprendible. Me levantaba con el alba para ver salir el sol desde mi jardin; y cuando el día prometía ser hermoso, deseaba no recibir ni cartas ni visitas que habrían destruido el encanto. Entonces buscaba á paso lento un sitio en el bosque, un sitio silvestre, no hollado por la planta del hombre, donde nada me traía á la memoria ni la esclavitud, ni el señorío; un asilo donde podia creer ser el primero que había penetrado en él y donde ninguna tercera persona molesta se interponía entre mí y la naturaleza. Allí fué donde se revelaron á mi vista cada día nuevas magnificencias. El oro de la flor de la retama y la púrpura de la del brezo presentaban á mi vista tesoros que conmovían mi imaginacion; la majestad de los árboles que me hacían sombra, la delicadeza de los arbustos y matas que me rodeaban, los innumerables colores variados de las yerbas y flores holladas por mis piés, todo esto tenía mi espíritu ocupado continuamente entre la admiracion y la observacion. La reunion de tantos atractivos que llamaban mi atencion y la hacían cambiar incesantemente de objeto, halagaba mi inclinacion á pasar el tiempo soñando y me hacían exclamar á menudo: No, Salomon en toda su magnificencia no ha estado vestido como una de estas plantas. Mi imaginacion no tardó en poblar de seres humanos la tierra tan ricamente adornada. La población de seres á mi gusto; y rechazando lejos de mí todas las opiniones, preocupaciones y pasiones artificiales, trasladé á aquellos asilos de la naturaleza á hombres dignos de habitarlos, creándome una sociedad encantadora, de la cual no me juzgaba indigno de formar parte, y formando con el pensamiento una edad de oro que veía con mi espíritu como si fuese realidad. En esta serie de días tan bellos inscribía todos los sucesos de mi vida cuyos recuerdos me eran dulces, y todos los anhelaba pasar; y mientras que pensaba todo esto lloraba contemplando absorto la felicidad verdadera del hombre, tan preciosa como pura, y hoy ¡ah! tan distante de la humanidad.»

La ira santa contra todo lo que veía de anti-natural en la organizacion política, en la sociedad y en las costumbres de Francia había transformado á Rousseau en orador y predicador; y su entusiasmo por las magnificencias de la naturaleza, la admiracion meditabunda de sus maravillas, el cúmulo de sentimentalismo de que rebosaba su corazón, le hicieron poeta. Rousseau creó en Francia la elocuencia patética del entusiasmo, y tambien la prosa poética que llamamos novela, porque las novelas no tienen mérito literario si no llevan el sello y el hálito de la poesía mas noble y elevada.

Rousseau, predicador y poeta, no conservó siempre reunidas estas dos cualidades, porque si aun siendo poeta, no cesó de predicar, al fin vino á ser únicamente predicador. Al dedicarse á la propagacion de una nueva doctrina social,

no obedeció á ningun plan preconcebido: la poesía que se despertó en él le impulsó á la invencion de su sistema social y á su propagacion; pero cuando salió de Paris llevaba consigo proyectos que nada tenían que ver con la poesía. Los que conocen sus primeras producciones literarias no dudarán de la veracidad de Rousseau, cuando al hablar de las obras que tenia en proyecto en el año 1756, dijo: «Entre las varias obras que tenia en la mente, habia una favorita, que desde mucho tiempo acariciaba en mi imaginacion, á la cual queria dedicar toda mi vida y que debía ser el coronamiento de mi fama de literato; esta obra era la de las *Instituciones Políticas*. Habia concebido la primera idea hace 13 ó 14 años cuando estuve en Venecia y tuve ocasion de conocer los defectos de la constitucion tan ensalzada de esta república. Desde entonces se ensancharon considerablemente mis ideas sobre este punto con los estudios que hice de la historia de la moral. Me convencí de que todo el problema estriba en la organizacion política, y de que por cualquier lado que se le mire, ningun pueblo puede ser mas que lo que el espíritu de su constitucion política ha querido que sea. De esta manera se redujo para mí esta gran cuestion á encontrar la mejor forma de gobierno posible, de donde nacia esta otra cuestion: ¿Qué condiciones debe tener un gobierno para formar en su sentido mas vasto el pueblo mas virtuoso, mas ilustrado, mas sabio, y en una palabra el mejor pueblo de todos? Meditándolo, creí que esta cuestion estaba estrechamente relacionada con esta otra: ¿Qué forma de gobierno se aparta por su índole menos de la ley? y luego ¿Qué es ley?» De este pasaje muy notable de las *Confesiones* de Rousseau, debemos deducir que el *Contrato Social*, la última de las tres obras elaboradas en el bosque de Montmorency, debía haber sido la primera segun el plan del autor, y no podemos menos de preguntarnos: ¿cómo es que este primer trabajo sobre el ideal del mejor de los gobiernos fué postpuesto á una novela de amor llena de ardiente sensualismo, aunque Rousseau no habia olvidado el acerado desprecio con que se habia expresado sobre los «libros afeminados que respiran voluptuosidad y amor?»

Cuenta Rousseau que al vagar por los sitios solitarios y oscuros del bosque, escuchando el canto del ruiseñor y el murmullo de los arroyos, no habia estado nunca solo. Dulces recuerdos de los mejores dias se despertaban en su mente y creaban en su imaginacion cuadros seductores de dicha que le acompañaban á todas partes. «Me figuraba, dice en sus *Confesiones*, tener delante el amor y la amistad, los dos ídolos de mi corazon, bajo las formas mas seductoras y adornados de todos los atractivos del bello sexo que siempre he adorado. Me creé dos amigas, y las doté de caracteres aunque afines, no perfectos, pero á mi gusto, llenos de benevolencia y de sentimiento. A la una hice morena y á la otra rubia; aquella ardiente, y esta suave; la una juiciosa y la otra débil, pero de una debilidad tan conmovedora que su virtud parecia ganar con ella. A la una dí un amante para el cual la otra era una tierna amiga y á veces algo mas; pero no permitia entre ellas rivalidades, ni celos ni disputas, porque me repugnan todos los sentimientos de disgusto y no queria manchar este cuadro tan alegre, porque habria rebajado la naturaleza pura y noble. Dominado por la magia de mis dos creaciones me figuré ser un amante y amigo respectivo, pero amable y jóven y por lo demás con las virtudes y defectos que yo me conocia.» Por morada dió Rousseau á sus tres personajes imaginarios el pueblo de Vevey, lugar cuyos alrededores, con su riqueza de contrastes y de variedad, su magnificencia y grandiosidad, era á propósito para conmovier los corazones y elevar las almas, segun él mismo lo habia experimentado en los inolvidables dias de su edad juvenil.

En medio de estos ensueños y de esta vida novelesca se le apareció como enviada del cielo la jóven señora de Houdetot, cuñada de la señora de Epinay, de la cual se enamoró perdidamente Rousseau, realizándose de este modo el idilio imaginado en el bosque, es decir, siendo Rousseau el amante, la señora de Epinay la amiga y la de Houdetot la amada. En las noches del invierno de 1756 y 1757 trasladó su novela al papel á vuela pluma leyéndola cuartilla por cuartilla á sus dos compañeras vulgares, Teresa y su madre. La primera lloraba al oirla leer, y su madre estúpida que no entendia una palabra de lo que oia no se cansaba de exclamar: «¡Ah señor, qué hermoso es eso!» Así nacieron las dos primeras partes de la novela á la cual su autor dió despues el título de *La Nueva Eloisa*. En ella se ve desde luego cómo desplegó sus alas por primera vez el genio poético especial de Rousseau, sin que él mismo lo supiera. Todo cuanto refiere del delirio en que el ensueño de su fantasia le tenia sumido en el bosque, segun lo cuenta en sus *Confesiones*, lo encontramos en la correspondencia de Julia, la heroína de la novela. Estas cartas inspiradas por una alma delirante de amor embriagan á toda persona que las lee, y al abrirse al lector tan súbita é ingenuamente un sitio tan recóndito del corazon de Rousseau, compréndese el alma verdaderamente poética de aquel hombre. Lo que no se comprende es por qué no dió fin á la novela ultra-poética en el punto donde cesa de ser novela de amor, y por qué añadió otras cuatro partes en las cuales va decreciendo paso á paso la poesía hasta dejar á la prosa enjuta por único dueño del campo; de modo que leyendo toda la novela parece como si el autor en las últimas cuatro partes se hubiese propuesto expiar y hacer expiar al lector los pecados cometidos en las dos primeras.

A estas preguntas contesta Rousseau en sus *Confesiones*, diciendo que esta novela amorosa fué un extravío al cual no tuvo fuerza para renunciar; pero que si al principio luchó inútilmente contra su delirio, pudo despues enmendarlo: «El amor á la virtud, dice, que jamás ha abandonado mi corazon, dirigió mi genio extraviado hácia objetos útiles, en los cuales no podia sino ganar la moral. Mis cuadros sensuales habrian perdido todo su encanto si les hubiese faltado el tinte suave de la inocencia. Una muchacha peca-dora excita la compasion; el amor la puede hacer interesante, y á menudo su misma debilidad le da grandes atractivos; pero ¿quién puede mirar sin indignarse el espectáculo que nos ofrecen nuestras costumbres y modas del dia? ¿qué puede haber mas repugnante que el orgullo y la vanidad de una mujer infiel, que mientras pisotea todos sus deberes, pretende que su marido le deba agradecer que se digne no dejarse sorprender por él en sus aventuras amorosas? ¿seres perfectos no se encuentran en la vida, y sus preceptos no nos conmueven; pero si una jóven soltera, dotada por la naturaleza de un corazon amante y á la vez recto, sucumbe al amor, y despues, siendo esposa, recobra la energia necesaria para dominar su pasion y volver al camino de la virtud, ¿quién se atreverá á decir que este cuadro en su conjunto es indecoroso y no ofrece un ejemplo útil? Si alguien se atreve á decirlo, no le creais, porque será un mentiroso y un hipócrita.»

Obedeciendo al concepto expresado en lo que precede, Rousseau en la larga novela moral «La Nueva Eloisa», expia la corta novela amorosa de Julia, con la historia de Julia casada, esposa modelo y madre, que no rehuye ningun sacrificio en un matrimonio que no habia deseado, y en el cual sin embargo enmienda y compensa el pecado de su corazon, demasiado amante, de soltera. De este modo encontró Rousseau otra vez el camino del apostolado de la virtud, abandonado para tomar el del poeta erótico. Así,

cuando tenia al público lector de Francia y del mundo civilizado, excitado y suspenso hasta el mas alto punto, dió un golpe que tuvo consecuencias incalculables.

Se habian hecho moda en la sociedad francesa las novelas morales; era una necesidad del *bel esprit* y de los que se llamaban *corazones sensibles* entusiasmarse por la virtud y hablar de ella, sin que esto impidiera que la dosis de sensualidad palpable que acompañaba á las conversaciones y literatura virtuosas, excediera en alto grado á la sensualidad que la sociedad de nuestros dias encuentra compatible con el amor á la virtud; pero ha de juzgarse cada época y clase desde su propio punto de vista, desde el punto de vista de sus costumbres y modo de ver las cosas. Es indudable que las personas que en aquella época se dejaron dominar del entusiasmo por la virtud, se creyeron sinceramente ennoblecidas, pensaron haberselibertado de las debilidades sensuales de que sus actos eran acusadores y testigos y fueron, á lo menos por el momento, mejores que habian sido antes. Esta moda imperaba ya en la sociedad culta francesa cuando Rousseau, dominado por ella mas de lo que queria confesarse á sí propio y confesar á sus lectores, escribió su novela. El inglés Samuel Richardson fué quien la introdujo con sus novelas que fueron traducidas y publicadas en Francia, y devoradas por el público lector con un delirio y un entusiasmo sin ejemplo, sobre todo *Clarisa*, la mas célebre de estas novelas.

Samuel Richardson (1) nació el año 1689 y fué hijo de sus propias obras, hombre de laboriosidad incansable para instruirse sin maestro, y de moral y honradez severas y ultrapuritanas. Hijo de un pobre carpintero, aprendió el oficio de cajista de imprenta, y llegó á fuerza de trabajar á ser dueño de un gran establecimiento tipográfico. Sin pretension alguna de pasar por literato, tomó la pluma á la edad de 50 años para enseñar á sus compatriotas por medio de cuadros sacados de la vida usual, cómo se vencen con la virtud la suerte adversa y la perversidad de los hombres. Publicó su primera novela *Pamela ó la virtud recompensada*, en 1740. Su segunda novela llevaba el largo título de *Clarisa, ó historia de una jóven doncella, en cuya historia se presentan los sucesos mas principales de la vida de familia y en particular los infortunios que resultan cuando padres é hijos no proceden con prudencia en asuntos matrimoniales*. Fué publicada el año 1748. Su tercera novela fué dada á luz en 1753 y se titulaba: *Sir Charles Grandison*. Estas dos últimas novelas eran tan voluminosas que Clarisa constaba de ocho tomos gruesos y Grandison de seis.

Para saber lo que este autor era para sus contemporáneos debemos consultar á Diderot, cuyo carácter verídico y cuya naturalidad no corrompida ya conocemos y que ahora se nos presentará bajo un nuevo é interesante aspecto. En el año de la muerte de Richardson, á saber en 1771, escribió Diderot el elogio fúnebre de este autor, y en él dice: «Hasta ahora se ha entendido por novela un tejido de sucesos imaginarios y frívolos cuya lectura corrompia el buen gusto y las buenas costumbres. Por eso desearia yo que se encontrara otro nombre para las obras de Richardson, que elevan y conmueven el alma, que respiran en todas las páginas el amor á la virtud y que sin embargo se llaman tambien novelas. Este autor no hace correr la sangre; no os traslada á tierras lejanas; no os espanta con pinturas de salvajes caníbales; no se encierra en cavernas, guaridas del vicio, ni se escapa por el mundo mágico. Su teatro es el mundo en que vivimos; el motivo de cada uno de sus dramas es real; sus personajes son personas de carne y hueso; sus caracteres

son los que encontramos en la sociedad; sus accidentes no están reñidos con las costumbres de las naciones cultas; las pasiones que pinta son las mismas que yo siento; los impulsos tienen la misma fuerza que yo les conozco; los extravíos y padecimientos morales de sus héroes son los que á mí me amenazan continuamente y en general me muestra los sucesos y el curso general de las cosas que me rodean. Sin esta maestría seria la ilusion momentánea y la impresion poco profunda y fugaz. ¿Qué es virtud? Por cualquier lado que se mire esta cuestion, resulta que virtud es el sacrificio de sí mismo. El sacrificio de nosotros mismos que hacemos en nuestra imaginacion es ya una disposicion y un propósito de hacerlo en realidad. Pues bien, Richardson siembra en los corazones gérmenes de virtud, que al principio duermen sin manifestarse, siguiendo ocultos hasta que se presenta una ocasion que los despierta y desarrolla. Entonces crecen é impulsan al hombre al bien con ímpetu de que hasta entonces no se habia creído capaz; y al aspecto de acciones malas nos sentimos dominados por una indignacion que de ningun modo nos sabemos explicar. ¿De dónde viene esto? Viene de haber leído á Richardson, de haber hablado mentalmente con un hombre honrado en momentos en que el alma olvidada de sí misma estaba abierta á la verdad. Si la conviccion de que, para ser felices, no hay mas medio que ser virtuosos, aun prescindiendo de toda idea de una vida futura, es importante para el hombre, ¿cuán grande no será el mérito de Richardson por haber prestado á la humanidad el servicio, no ya de demostrar esta verdad, sino de haberla hecho palpable? En cada línea de sus obras la virtud oprimida, cualquiera que sea su suerte, tiene la preferencia sobre el vicio triunfante. ¿Quién querría ser Lovelace con todas sus ventajas? ¿Quién no querría ser Clarisa, á pesar de su infortunio? Venid, venid, hombres, y aprended de Richardson cómo os podeis reconciliar con los padecimientos de la vida; venid para que juntos lloremos á las personas desgraciadas de sus fábulas, y diremos:—Cuando la mala suerte nos persiga y venza, tambien nos llorarán los buenos.—Vosotros, pintores, poetas, todos los que teneis buen gusto y sentimientos nobles, leed á Richardson, leed sus obras sin cesar.»

Este fué el efecto que este autor, cuyas obras hoy solo lee el literato de oficio, produjo en el siglo pasado sobre uno de los primeros talentos de aquella época. La grande impresion que causaron las novelas de Richardson en todo el público lector de su época y que tambien se observó en Alemania, fué efecto de esa union de verdad y de idealismo que solo es dado alcanzar á los grandes autores y que sorprendió tanto mas al público, cuanto que Richardson tomó su argumento y sostuvo la narracion en el terreno natural y práctico de la vida usual de la clase media. En ella supo descubrir un mundo entero de sucesos poéticos cuya existencia nadie habia sospechado, y que una vez descubiertos, cada cual podia certificar por su propia experiencia que estaban bien descritos y pintados con ingenuidad sin exageracion ninguna. Con esta creacion dió Richardson una nueva direccion al genio poético de la época llamada de la ilustracion y que produjo sus frutos mas maduros y mas exquisitos en el drama. Hoy están olvidadas estas novelas, algun día tan admiradas y ensalzadas, porque obras mas modernas las sobrepujan hace tiempo en las cualidades que les prestaban un encanto desconocido entonces, y que hacian irresistible su efecto; mientras que sus defectos, perdonables y perdonados entonces, son insoportables para el gusto de nuestros dias. Hoy nos es tan repugnante el lenguaje gangoso de púlpito predicando la moral sin interrupcion, como nos es sospechosa la virtud que lleva una contabilidad minuciosa

(1) Véase HETTNER, *Historia de la literatura inglesa*. 3.^a edicion, obra escrita en alemán.